

MANOLE EL CONSTRUCTOR:

Conocida como "Balada de la construcción del Monasterio Arges" o "El Maestro Manole", esta creación popular cuyo origen difícil de rastrear debe ser el de un suceso del siglo XIII o XIV, fue recogida por el gran escritor rumano Vasile Alecsandri (1821-1890) y publicada junto con otras joyas del folclor rumano en los dos tomos de *Baladas (canciones antiguas) anotadas y corregidas por Vasile Alecsandri* en 1852. La mencionada edición expresa el creciente espíritu nacionalista de la época posterior a la fallida revolución de 1848, el deseo de reafirmar los valores históricos y artísticos que caracterizan al pueblo rumano y la creciente expectativa de afirmar en el plano político el hecho histórico que son la unidad de origen y lengua; los poemas populares aparecen en vísperas de la primera gran unificación de los dos principados rumanos —Moldavia y el Principado rumano de Valaquia— que se cumple en 1859, cuando ambos países eligen a un mismo gobernante en la persona del coronel Alexandru Ioan Cuza el 24 de enero. Alecsandri, poeta, dramaturgo, folclorista y hombre político importante, activo en la misma revolución de 1848, había creado una obra en que lo artístico y lo político-histórico conforman la actitud de un artista completo de su época. Se cumplen 130 años desde aquel 1859 en que se dio el primer paso hacia la unidad política del pueblo rumano y es preciso recordar este poema que caracteriza su espíritu artístico. La traducción presente tiene como primer propósito rescatar la melodía original del poema, su versificación sencilla, su tono de letanía e intensidad del texto antiguo. Las rimas se vuelven ecos hondos y poderosos que lanzan los versos nuevos en busca de un mismo desen-

UN MITO DE CREACIÓN Y SACRIFICIO

Por Ruxandra Chisalita



lace melódico. En una traducción anterior, firmada por Ma. Teresa León y Rafael Alberti, se persigue únicamente la concisión narrativa y claridad de los sucesos. Tratamos de añadir al interés por el suceso que es médula de todo propósito narrativo, la disposición emocional íntima y fónica en la intensidad callada de las repeticiones. Nos proponemos hallar en esta lengua española tan llena de obras del lenguaje, el espíritu inalterable y hermano del idioma rumano, las resonancias, silencios y entonaciones que son sus señas de identidad.

El tema del constructor Manole, arquitecto mítico, obediente seguidor de un príncipe —él mismo vuelto figura inasible entre leyenda e historia— artista sa-

crificador y sacrificado, ha sido inspiración de poetas contemporáneos como son Octavian Goga, Lucian Blaga y Nicolae Labis, o más conocido a los lectores mexicanos, Marin Sorescu, en cuya obra ha encontrado su dimensión poética nueva trasladándose el patetismo de la leyenda al silencio.

La leyenda de la construcción y del sacrificio en nombre de la obra de arte queda relacionada con el mito de Dédalo e Ícaro, con la trágica *hybris* que provoca la caída de Paetón, o la historia del jinete fantasma en el "Jinete del caballo blanco" (1888) de Theodor Storm, relato fáustico que sitúa a su héroe Hauke Haien en la cuesta frisia en 1750. Sin duda, si éste fuera el propósito, se hallarían equivalencias de la temática en las demás culturas; no se trata por lo tanto de influencias de lectura sino de la universalidad de un conocimiento originario, tan antiguo como la civilización. El mito de la construcción que pide sacrificios es, ante todo, un mito de la civilización: al construir, el hombre desposee a la naturaleza de un territorio y trata de recortar un espacio artificial —artesanal o artístico— desde su gran espacio. Tal es la historia de la civilización: una historia de la conquista de espacios que es nada menos que la historia de repetidas discontinuidades, que marcan la intervención del hombre en la gran continuidad de la naturaleza. Tal es el significado profundo que atribuye G.B. Vico a la victoria de Hércules sobre el león nemeyano: el león simboliza el bosque que había que vencer para crear terreno para la agricultura, y cobrarlo implicaba incendiar los bosques, vencer la oscuridad de éstos con la luz viva del fuego; héroe civilizador a su vez, el constructor Manole se ve en la

difícil tarea de intervenir en la continuidad de la naturaleza maléfica para crear un espacio dedicado a la luz mística, a la luminosidad de la fe. Pero puesto que no es la luz misma la que conquista y erige su espacio, es el hombre quien debe alzar el recinto sagrado —símbolo materno cristiano en este caso— con sus propias manos: bajo su acción, el espacio natural cede —no sin resistencia— al espacio humanizado que será consagrado a la fe. Naturalmente, la promesa de la victoria exige un pago, y este pago será, en el nombre del arte como manifestación humanizadora, algo relacionado con lo instintivo, placentero, originario: el cuerpo de la mujer amada. En esto se reconoce un comercio directo, el trueque de dos unidades físicas femeninas: la mujer es sacrificada a la tierra a cambio del terreno y del espacio que comprenderá el monasterio; a la vez, el trueque implica la renuncia a lo terrenal —mujer y tierra— y la fusión con el ente femenino espiritual: el convento, la iglesia, que en rumano son ambos de género femenino. La amada terrenal será cedida optándose por la unión con la femineidad materna de



dimensión espiritual; en términos de descendencia, esto lleva a una inversión genealógica, el constructor convirtiéndose en padre-creador de su madre espiritual. En todos los sentidos de la creatividad, la leyenda opta por establecer una genealogía masculina: para honrar a Dios, el príncipe ordena a diez reconocidos maestros constructores encontrar el sitio adecuado y construir un monasterio: un Dios-padre encamina al príncipe, quien a su vez manda a los súbditos. Por lo tanto, el mensaje de erigir la construcción es un mensaje masculino, algo equiparable en la imagística ortodoxa de la pin-

tura bizantina a las gotas de fuego con que se representa la palabra divina; en la leyenda, la palabra de Dios se filtra por intermediarios masculinos hasta llegar a los constructores. No falta otro personaje masculino, un guía, el pastor, quien, errando a lo largo de las orillas del río, da fe del lugar sagrado del que habla el príncipe. El pastor a su vez los encamina por medio de palabras, filtrando la imagen percibida hacia los diez hombres y su príncipe. El mensaje divino se concretiza en el gesto con que se imagina que el pastor enseña el camino: la gota de fuego se trueca en mano tendida, ella misma signo de fuerza y autoridad.

El sacrificio no sólo parece, sino es predeterminado. Todo indica el predominio de la ambición, de la voluntad sobre lo llanamente terrenal. El sueño mismo en que Manole como un *poeta vates* recibe la revelación del modo de vencer a la obstinada fuerza que desmorona durante las noches el muro inicial, clave y soporte de la construcción, parece ser afirmación de una voz y voluntad masculina, en concordancia perfecta, por lo demás, con el poder terrenal político —el príncipe— quien exige la construcción.

Pero falta hacer mención de la tierra misma, del sitio en que el príncipe Negro, Negru-Vodá, se empeña en alzar el lugar que lo conmemore como gobernante en paz y armonía con Dios: es en apariencia un sitio maléfico donde unas ruinas dan testimonio de otras fallidas ambiciones de establecer el dominio del hombre sobre la tierra. Tierra devoradora, invalida las obras diurnas convirtiéndolas en polvo durante la noche. Es, quizá, uno de los centros múltiples de la tierra, nudos u ombligos en que la femineidad se afirma con fuerza aún mayor; infernal, acaso, y puerta de acceso a una continuidad negra, irracional, telúrica, el sitio reclama la incidencia de lo religioso, de la razón comprendida como fe, o, mejor dicho, de una razón que todavía era la fe. Este centro de la tierra reclama ser unificado, combatido o contrarrestado por el poder celestial y ser eje determinante de las vías de acceso a Infierno y Paraíso: continuidad sombría de la materia en equilibrio con la continuidad transparente del espíritu. Es, por lo tanto, en este punto preciso donde las energías habrán de combatir, y cada una a



su vez desplegará con la mayor intensidad posible sus armas: competencia mítica de cielo e infierno, de autoridad masculina divina y estatal contrapuesta a la vitalidad invencible de la naturaleza. En medio de esto se halla un hombre doblemente débil y fuerte: por una parte, por estar unido a la vida, y por otra, por ser un creador; la fuerza y la vulnerabilidad se concentran simétricamente, en su amor y su arte. Se podría imaginar que Manole logra construir el monasterio justamente porque *posee algo que por su valor sea aceptado como ofrenda*, algo que pueda contraponderar, en la balanza, la impor-

tancia de la obra en nombre de la fe. La muralla anterior, derrumbada, cuyos restos hallan los constructores da a entender que quienes habían construido con anterioridad no estaban preparados para el sacrificio o bien su ofrenda había sido de poco valor; o tal vez que una vez cumplido el sacrificio, los constructores habían enloquecido y abandonado la obra: recuérdese que los perros del pastor olfatean la muerte, como si también aquel muro hubiese englutinado un cuerpo y ahora lo restituye en olores putrefactos. Y recuérdese, a la vez, que hay un mensaje de muerte y de sacrificio en cualquier obra de arte: ¿cadáver de un sentimiento? ¿renuncia? o bien ¿pecado, crimen? Cualquiera que sea la significación, el muro en ruinas constituye una advertencia y un indicio trágico: la muerte puede ser también el abandono de la obra de arte, la incapacidad de llevarla a un fin. De ahí que sería inimaginable que Manole abandonara la construcción, aun ante la certeza de que es su Ana la primera de las mujeres que llega trayendo comida y bebida; Manole intenta impedir su llegada, es cierto, mas no su sacrificio: riñe con Dios y suplica, desencadena un verdadero cataclismo; femenina, la naturaleza se desboca, mandada por Dios para salvar a Ana. Pero ante la predestinación, Manole, fatalista, se rinde: el amor de la mujer por el constructor pagará por el amor del constructor a su obra; no puede haber disturbio en la inclinación de la balanza. Juego y crimen, el sacrificio consiste en enmurallar a la mujer en el muro eje de la construcción, para que ésta perdure: tal es el precio por profanar el sitio de los poderes arcaicos de la tierra para consolidar la fe nueva de Cristo; tal es el precio de la creación simbólica, cuya fuerza proviene de la carne viva, desde los pulsos inasibles del deseo. Se podría decir sin errar, que los poderes —masculino, del muro y femenino— se anulan y que la construcción es capaz de sostenerse una vez aquietadas las energías originarias, por medio de colisión de los opuestos. El muro-eje se vuelve equilibrio andrógino, símbolo del Uno inicial desde donde se habían separado las fuerzas orgánicas, perturbándose a través del movimiento, la quietud de los orígenes. Columna vertebral y eje del mundo, el



muro puede sostener la construcción: el monasterio crecerá en torno al muro, como tumba y adorno, encerrando un espacio espiritual en que la vida terrenal sirve de soporte y preámbulo de la vida eterna. Pero el espacio crece alrededor de la forma de cruz, alrededor de sus dos columnas vertebrales: el amor ascendente de lo humano hacia lo divino, y descendente, de la mirada divina sobre lo humano: y del amor directo, horizontal, del abrazo de Cristo. Al mismo tiempo, el espacio que exige el sacrificio, ha sido construido en nombre del sacrificio de Cristo, haciendo coincidir los significados paganos y cristianos en un mismo acto. Sin embargo, falta hablar de la muerte del constructor, explicable de manera directa sólo por la idea de que el remordimiento le produce alucinaciones; no sería ningún error suponerlo, debido a que concuerda con la disposición afectiva del personaje de Manole. En cambio, existe al

final del poema un instante de contradicción, sobre todo en lo que se refiere a la orgullosa y completamente justificable afirmación de los constructores de producir una obra aún más valiosa después del Monasterio Arges; la contradicción consiste en que hecha la afirmación que remite a la idea de arte como único aprendizaje del arte y único medio de superarlo, Manole se vuelve consciente de que ésta es su obra única, puesto que Ana era, a su vez, única. Si la obra absorbe la vivencia, el arte absorbe y se alimenta de lo carnal, es una verdadera imposibilidad que el arte se alimente de otra cosa que no sea lo existencial, la vida, el deseo carnal. Emparedando a la mujer, el constructor entierra las raíces de su arte. Y para seguir construyendo obras aún más soberbias, Ana deberá renacer y ser emparedada una y otra vez, acaso coincidiendo con el número de obras a producir. Muro de simbología andrógina, masculino y femenino a la vez. Éste representa la fusión del artista y la amada, la energía medular de la obra. Y una vez acabada la construcción, las energías generadas por la fusión y la absorción de la vitalidad de Ana en la mente de Manole, dejan de emitir impulsos creadores. La pasividad es total e insalvable por ser la de un artista en reposo definitivo. No queda otra opción sino la muerte, de manera lógica, y que el poema con su antigua sabiduría atribuye a la rabia del príncipe frente a la desmedida presunción de los constructores: *hybris*, nuevamente, sa-



lida del orden, desobediencia por amor a la otra obediencia, al destino del artista como aprendiz eterno del arte, que mide el poder de su conocimiento renovado al fin de una obra. Y el precio por la *hybris* es el vuelo quebrantado, las alas no sostienen los cuerpos y el aire que no cuaja alrededor de sus intentos icarianos siempre inexperto, los cede, desvinciando, para que se dé la nueva unidad de la materia con los cuerpos que exhalan en medio de los prados. La paz se consigue al final cuando la tierra se abre en forma de un manantial salado como el llanto que es clara reconciliación y perdón otorgado, ojo melancólico e indiferente de la tierra hacia los destinos humanos aunque éstos sean artistas. La memoria de la fuente se vuelve encantamiento melopeico en que la indiferencia cósmica resuelve la tragedia. Humor y sangre, mirada y esperma de la tierra, el agua reconcilia masculino y femenino en una nueva energía vital, en la energía de los elementos. La obra de arte, energía ordenada y concluida, erigida sobre la fusión de masculino y femenino es fusión que se ha gastado, por lo cual es necesaria una nueva vuelta a lo terrenal y hundirse en lo elemental para preparar un nuevo despegue espiritual desde los inicios. Ojo ciego, el agua espera que de su fluido se deslinde el cuerpo de Narciso, como renovado surgimiento de la individualidad, para hacer posible la nueva obra de arte.

En cuanto a la relación Iglesia-príncipe, surge la oportunidad de dar vuelo a la imaginación y recordar que los monasterios rumanos se construían como una suerte de ofrenda del príncipe a Dios, estableciendo por su propio poder e iniciativa un lugar de comunión entre creyentes, poder y divinidad; quizá lo definitivamente rumano es sólo el hecho de que el príncipe mismo solía ser representado en uno de los frescos que cubrían la iglesia, captándose el momento de la comunión con la divinidad, es decir, cuando al sostener en las manos una reproducción exacta y miniatural del monasterio, entregaba a Dios y al pueblo la obra como su obra. Una inscripción lo titularía *ctitor* —constructor de iglesias— de la construcción y los nombres de los numerosos Manole que habrían cruzado sus destinos con los de la obra serían olvidados.

Numerosas veces más —para añadir más anonimatos sacrificados al conocido poema de Brecht— el arte retorna entre el pueblo. Leyenda y no historia, la “Balada de la construcción del Monasterio Arges”, llamaba más frecuentemente con la brevedad que caracteriza su unicidad “El Maestro Manole”, hace justicia a ambos personajes: al príncipe, quien a pesar de haber sido probablemente uno de los fundadores del Principado Rumano de Valaquia, no halla cabida en la historia más que como sombra de una duda o de una hipótesis, y al constructor Manole, el *mester Manole*, a quien el poema llama con este modesto título de nobleza con que en tiempos pasados se dirigían a los artistas, en aquel entonces capaces de la suficiente modestia de no deslindar el arte del oficio.

Cabe hablar brevemente del encuentro de los dos orgullos al contraponer a Manole y al príncipe, del primero, por saberse dueño de un arte perfecto por su perfectibilidad, incapacidad de repetirse o de permanecer quieto, encarrilado en el crecimiento espiral de un conocimiento que parte y recae en sí mismo, sólo para situarse en lo absoluto; el orgullo del otro es el del Mecenas que pretende ser dueño de la obra de arte, y no sólo de ésta sino de las obras futuras del artista, las cuales intentará trincar sólo para preservar la unicidad y evitar el logro artístico que la supere. Comentando este mismo poema, la distinguida literata rumana Zoe Dumitrescu Busulenga recuerda la declamación jubilosa del pío emperador Justiniano ante la belleza de Santa Sofía, el grito soberbio: “¡Te he vencido, Salomón!”, al sentirse dueño de una perfección que supera el templo de Jerusalén.

Faltó, sin duda alguna, el oportuno testigo que pudiera disponer de la blancura de un muro de monasterio para apresar los momentos de esta leyenda y convertirla en historia acaso en azules aturquesados a la manera de los imborrables frescos del monasterio de Voronet, cuyas figuras sustituyen generosamente a un Giotto o a un Taddeo Gaddi. Pero de este modo cada quien de aquellos que se sienten llamados por el mensaje del texto, podrán servirse de la leyenda del Constructor Manole como de una de las tantas vías de acceso para encontrarse a sí mismos. ♦

EL MAESTRO MANOLE

(poema popular)

Por las orillas del Arges,
Siguiendo río abajo
Va el Príncipe Negro.
Hay diez en su séquito
Los diez son albañiles,
Peones, alarifes,
Nueve de gran fama,
Pero el décimo de ellos,
El más renombrado,
El constructor Manole.
Quieren elegir
Un sitio sagrado
Donde alzar convento,
Para cánticos y recogimiento.
Y mientras avanzaban
Oyeron tocar doina
a un joven pastor,
Y lo alcanzaron,
Y le preguntaron:
“Bello pastorcillo,
En tu pastoreo
No habrás hallado,
Corriente arriba,
O corriente abajo,
Habrás encontrado,
Con tus corderillos,
¿No habrás pasado
junto a un muro derribado?
¿Muro en ruina,
o inacabado,
en un verde vado?”
“Señor, he mirado,
Por ahí he pasado:
Hay tal muro derribado,
Y piedras labradas.
Los perros, al pasar,
Corren a ladrar.
Ladran a desierto,
Triste y muerto.”
El Príncipe Negro oyó
Y harto se alegró,
Y al instante se marchó:
Con nueve albañiles,
Diestros alarifes,
Nueve de gran fama. . .
Pero el décimo de ellos,
El más renombrado:
Maestro Manole,
Constructor Manole,
El más alabado.
“Ved aquí el muro

Que he elegido
Para que hagáis
Aquí mismo erguida,
Morada bendita,
Lugar de convento
Cántico y recogimiento.
¡Que no tenga par,
Tal sea su azar!
Si lográis la hazaña,
Os daré, sin maña,
Tierras y haberes,
Oro y enseres. . .
Mas si no lográis
Levantar murallas,
torres, arcos, vallas,
Os haré enterrar,
¡En piedras de cimientos
Os haré mudar!”

II

Ellos se afanaban
Las sogas izaban,
Las cuerdas tendían,
La tierra medían.
Y cavaron fosos
Para alzar muros hermosos.
Pero entre más se esmeraban,
Y más se obstinaban,
Más suspiraban:
Pues cuanto construían
De noche se hundía.
Al cuarto día pararon
Aquel esfuerzo vano.
El Príncipe llegó
Y mucho se asombró,
Y más se ensombreció.
Más amenazaba,
Y más amedrentaba:
¡Los enterrará vivos
Entre cimientos festivos!
Y los grandes maestros,
grandes constructores,
Peones y alarifes,
Angustiadados bregaron
Días largos de verano,
Hasta que la noche
Oscura los doblegaba.
Manole dormía
Y en sueños oía
Una voz que le hablaba.
Al despertar él llama
a los nueve de gran fama:
“¿A que no sabéis
cuánto he soñado?
Una voz decía:

‘Cuanto alcéis de día,
De noche se desplomará.
Pues debéis emparedar
A la más amada
Hermana o desposada.
Primera que llegare
Mañana, y trajere
Al sitio de convento
Nuestro alimento.’
”Mas para estar seguros
De levantar el muro
De este monasterio
De santo refrigerio,
Hemos de jurar,
Maestros, atesorar
Nuestro hondo secreto:
Hermana o esposa
Que llegue primero,
Hermanos míos,
Viva
Será emparedada.”

III

Pronto amanece
Y maestro Manole
Despierta y el camino
se apresta a acechar:
Pero desde el horizonte,
Desde el pie del monte
¿Quién se acercaba,
A quién atisbaba,
A quién advertía?
Ana, la más dulce
Esposa y amada,
Venía cantando,
Fresca flor del campo.
Traía cargando
Pan para comer,
Vino para beber.
En cuanto la divisa
Se aflige su alma
Y de rodillas postrado
Reza acobardado:
Haz llover, Dios mío,
Con turbias espumas,
¡Trae nieblas y brumas!
Las nubes deshilachadas
Lluevan desquiciadas.
¡Detén a mi amada
Y hazla retornar!”
Dios que lo oyó
De él se apiadó.
Las nubes desbocó
El cielo oscureció,
Las aguas hinchó.

Mas nada detenía
Los pasos de Ana,
Por camino trabajoso
Seguía avanzando.
Manole la mira,
Y con dolor e ira,
Se persigna y llama
A Dios de su alma:
“Haz que las tormentas
Arracen tierras lentas,
Enturbia los aires,
¡Que los abetos aúllen,
Los álamos se dobleguen,
Los montes se desplomen!
Pero a mi amada,
¡Has de hacer volver!”
Dios lo escuchaba
Y se apiadaba:
Mandaba que tormentas
De centellas cruentas
Desnudasen abetos
Y harto deshojasen
Los álamos doblados,
Y de prisa quebrasen
Las sierras en los vados. . .
Pero Ana avanzaba,
La bella desposada,
¡Nada la paraba!
Por más que tardaba,
Segura se acercaba. . .

IV

Nueve albañiles,
Nueve capataces,
Nueve alarifes
De gran nombradía
gritaron con alegría.
Sólo aquel Manole
Se desquiciaba,
De Dios renegaba,
Y hondo calaba.
A su amada abrazaba
Mas su sonrisa se quebraba.
La besa y la carga
Y la alza
En la muralla más nueva.
“Aguarda, amada mía,
Y nada te dé miedo,
Que por regocijo jocoso
Te he de emparedar.”
Y Ana le creía,
Alegre reía.
Mas él suspirando
Comienza a construir

El muro de la promesa
 De su traicionera empresa.
 Y el muro crecía,
 Y la envolvía
 Ciñéndole tobillos
 Muslos y caderas.
 Y enmudeció la risa.
 Ana suplicaba:
 "Manole, mi Manole
 Maestro Manole,
 Amado mío, ¿cuándo
 Acabará el juego?
 ¡El muro me aplasta,
 El muro me oprime,
 El muro me quiebra!"
 Pero él callaba
 Y más piedras alzaba.
 El muro más crecía
 Cercando a la amada,
 Hasta los tobillos,
 Hasta los muslos,
 Hasta las costillas,
 Hasta los senos.
 Ana temblorosa
 Y triste imploraba:
 "Manole, mi Manole,
 El muro me quiebra,
 ¡El corazón me ciñe
 En mí el niño gime!"
 Maestro Manole,
 El constructor Manole,
 Se desquiciaba,
 Su rabia ahogaba.
 Y más esforzado
 El muro alzaba,
 En torno a la amada.
 Hasta la cintura,
 Hasta los senos,
 Hasta los ojos. . .
 Entre piedras duras
 De las murallas seguras
 Ana, la llorosa,
 Quedó emparedada.
 Ya ni se veía
 Mas se le oía
 La dulce voz llorando,
 Aún suplicando:
 "Manole, mi Manole,
 Maestro Manole,
 Tu mundo me calla,
 Mi vida desmaya. . ."

V

Por la ribera del Arges,
 Siguiendo río abajo,
 El Príncipe Negro
 Viene a postrarse
 En aquel convento,
 Construcción muy labrada
 De piedra tallada,
 Alta y hermosa,
 Sin par orgullosa.
 Gozoso miró
 Y harto se alegró
 Y les preguntó:
 "Maestros constructores,
 Diestros alarifes,
 Grandes albañiles,
 Maestros afamados,
 Grandes y alabados,
 Decidme derecho,
 Abrid vuestro pecho:
 ¿Podréis levantar
 Otro mayor convento,
 Lugar de recogimiento,
 Lugar de templanza,
 Cántico y alabanza,
 Sitio más alto,
 Más luminoso y más grato?"
 Soberbios albañiles,
 Diez voces varoniles,
 De pie en el tejado,
 Responden con agrado:
 "¡Nunca encontraréis,
 Jamás hallaréis,
 Alarifes más diestros,
 Peones o maestros,
 Ni más avezados,
 Ni más renombrados!
 Haremos crecer
 En otros señoríos
 Conventos, monasterios,
 Lugares de memoria,
 Hogares de alta gloria,
 Mucho más luminosos
 Y más esplendorosos. . ."
 El Príncipe lo oyó
 Y se ensombreció.
 Después ordenó
 Alzar las escaleras,
 Sogas y andamios,
 Y a los maestros,
 Peones y albañiles,
 Dejarlos en el tejado
 A pudrir allá, en lo alto.

VI

Mas los albañiles,
 Pensaron, para salvarse,
 Maderas labrar,
 Y de maderas ligeras,
 Ágiles y duraderas,
 Fuertes alas armar
 Para lanzarse al cielo
 Y sostenerse en el vuelo.
 Cuantos se lanzaban,
 En tierra se quebraban.
 ¡Ay, desdichado Manole,
 Maestro Manole!
 Cuando aleteó
 Y el salto ensayó
 Resonó en el muro
 El llanto oscuro
 De la voz amada
 Y atormentada
 Que le imploraba:
 "Manole, mi Manole,
 Maestro Manole,
 tu muro me aplasta,
 ¡El corazón me ciñe,
 El niño hondo gime!
 Tu muro cruel me ahoga,
 El soplo se me acaba. . ."
 Y cuando él oyó
 La vista se le nubló,
 El muro oscureció,
 En un gran mareo
 Los prados cimbreaban,
 Las nubes giraban,
 Sus pies vacilaban.
 En un remanso de aire
 Los párpados cerró,
 El ala desplegó,
 Mas una nube cruzó,
 Y su vuelo se quebró.
 Desde el alto tejado
 cayó en el prado,
 En manto florido,
 En manto bordado,
 Su cuerpo vencido.
 Ahí donde yació
 El agua parpadeó,
 Un pozo nació:
 Quieto y hondo
 Despierto y redondo,
 Agua salada
 En que perduran
 Las lágrimas que murmuran. ◇